



Carta a los sacerdotes de la Prelatura de Moyobamba en el Jueves Santo 2020

**«Ofrezcan sus cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios; éste es su culto razonable»
(Rm 12, 1)**

Muy queridos hermanos sacerdotes:

Con gozo y agradecimiento, vamos a celebrar, con la bendición de Dios, el Jueves Santo, día en el que el Señor instituyó junto a la Eucaristía y el Mandamiento Nuevo del amor, el Sacerdoció ministerial, día en el que nacimos como sacerdotes al participar del Sumo y Eterno Sacerdoció de Jesucristo.

Agradezco de todo corazón al Señor el don del sacerdocio y a cada uno de ustedes, sacerdotes, que entregan la vida, y lo hacen de una manera tan admirable como discreta, también ahora en este tiempo de alarma sanitaria. No aspiramos a ser los héroes que aplaude el mundo; seamos sacerdotes santos, expresión fuerte y luminosa del amor del Corazón Sacerdotal de Jesús Buen Pastor.

Vayamos al Cenáculo y escuchemos con estupor y reverencia las palabras pronunciadas por Jesús en la Última Cena: *«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer»* (Lc 22, 14). Quisiera que todos nosotros celebráramos también esta Pascua del 2020 con las mismas ansias del Corazón de Cristo, con un gran deseo, a pesar que tengamos que hacerlo en la soledad de nuestras iglesias y sin la presencia física de nuestros hermanos. Cuando celebramos la Eucaristía el Señor viene a nosotros bajo las especies del pan y del vino, y cuando recibimos la comunión, le recibimos a Él personalmente, independientemente de que haya poca o mucha gente participando en la celebración. Esta es una fuente de gran y profunda alegría espiritual interior que nada ni nadie puede quitarnos.

Jesucristo, al instituir la Eucaristía, dio el mandato: *«Tomen y coman, esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes... Hagan esto en memoria mía»* (Lc 22, 19), no sólo quería decir: hagan exactamente los gestos que yo he hecho, repitan el rito que he realizado; sino que quería expresar lo más importante: hagan la esencia de lo que yo he realizado. Luego cuando san Pablo nos exhorte a ofrecer nuestros cuerpos como hostia viva, es como si dijera: hagan también ustedes lo mismo que hizo Jesucristo; háganse también ustedes eucaristía para Dios. Él se ofreció a Dios como sacrificio santo de suave perfume; ofrezcan también ustedes su cuerpo como sacrificio de expiación y reparación, vivo, agradable a Dios; ofrézcanse en sacrificio como han visto que yo he hecho. *«Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes»* (Jn 13, 15).

Meditemos, queridos hermanos, el momento de la consagración eucarística. Para celebrar de verdad la Eucaristía es necesario «*hacer*» también nosotros lo mismo que hizo Jesús. Él aquella noche realizó un gesto: partió el pan. El significado de aquel gesto es un significado sacrificial que indicaba inmolación. El pan es el propio Jesús; al partir el pan, se «*parte*» a sí mismo, por nuestras culpas y «*obedece hasta la muerte*» para reafirmar los derechos de Dios violados por el pecado; para proclamar que Dios es Dios. Es el acto supremo de amor y de ternura que nunca antes se había realizado en la tierra. Cuando, en la consagración sostenemos entre las manos la frágil hostia, y repetimos las palabras: «*partió el pan*», hemos de intuir algo de los sentimientos que, en aquel momento, albergaba el Corazón de Jesús: cómo su voluntad humana se entregaba por entero al Padre y repetía para sí las bien conocidas palabras de la Escritura: «*Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradan, pero me has preparado un cuerpo; he aquí que te ofrezco este cuerpo que me has dado: vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad*» (Hebr 10, 5). Lo que Jesús da de comer a sus discípulos es el pan de su obediencia y de su amor por el Padre.

Entonces comprendemos que para «*hacer*» también nosotros lo que hizo Jesús aquella noche, debemos ante todo «*partirnos*» a nosotros mismos, esto es, deponer todo tipo de resistencia ante Dios, toda rebelión hacia Él o hacia los hermanos; debemos someter el orgullo, doblegarnos y decir «*sí*» hasta el final, sí a todo aquello que Dios nos pide; debemos repetir también aquellas palabras: «*¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad!* Tú no quieres muchas cosas de mí; me quieres a mí y yo te digo «*sí*». Ser eucaristía como Jesús significa estar totalmente abandonado a la voluntad del Padre.

Vivamos con fe la dimensión eclesial de la consagración eucarística. En la celebración de la Eucaristía estamos cada uno de nosotros y están los fieles que participan y Jesús dice: «*Tomen y coman todos de él, porque esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes*». ¡Qué misterio! Jesús nos ha unido a él en la acción más sublime y santa de la historia: en la única acción plenamente digna de Dios, digna de su santidad y de su majestad. En el momento de la consagración miremos a los hermanos que tenemos delante, a aquellos que encontraremos durante el resto de la jornada y a los que tendremos que dedicar nuestro tiempo, o pensemos en toda la Iglesia y digamos como Jesús: Tomen, coman, esto es mi cuerpo que como el de Cristo, in persona Christi, también se entrega por ustedes.

Jesús al que nos unimos es, también al mismo tiempo, Sacerdote y Víctima. La consecuencia que se deriva de esto para la propia santificación es que, cuanto más participan un obispo o un sacerdote en el sacerdocio de Cristo, tanto más participan de su sacrificio. En el altar el sacerdote actúa en lugar de Cristo Sumo Sacerdote, pero también en lugar de Cristo Víctima. La ofrenda del cuerpo de Cristo debe ser acompañada de la ofrenda del propio cuerpo del sacerdote. Nuestra ofrenda y la ofrenda de la Iglesia no sería nada sin la de Jesús; no sería ni santa ni agradable a Dios, porque sólo somos criaturas pecadoras.

Sabemos que la Eucaristía hace la Iglesia: haciendo de la Iglesia una eucaristía. La Eucaristía es la causa de la santidad de la Iglesia; es también la causa de la santidad del sacerdote. El sacerdote no puede limitarse a celebrar la eucaristía, debe ser eucaristía con Cristo.

Ahora podemos sacar las consecuencias prácticas de esta doctrina para nuestra vida cotidiana. En la consagración somos también nosotros los que decimos dirigiéndonos a los hermanos: «*Tomen, coman, esto es mi cuerpo; tomen, beban, ésta es mi sangre*». La palabra «*cuerpo*» indica toda la vida. Jesús, al instituir la Eucaristía, nos ha dejado como don toda su vida, desde el primer

instante de la encarnación hasta el último momento, con todo lo que concretamente había llenado dicha vida: silencio, trabajos, sudores, fatigas apostólicas, oración, luchas, humillaciones, alegrías...

Después Jesús dice también: *Ésta es mi sangre derramada*. El término «sangre» en la Biblia indica un acontecimiento: la muerte ¡Con la palabra «sangre» añade la muerte! Después de habernos dado la vida, nos da también la parte más preciosa de ésta: su muerte. Si la sangre, según se creía entonces, es la sede de la vida, su derramamiento es el signo plástico de la muerte. *«Habiendo, amado a los suyos que estaban en el inundo los amó hasta el extremo»* (Jn 13, 1). La Eucaristía es el misterio del cuerpo y de la sangre del Señor, es decir, ¡el misterio de la vida y de la muerte del Señor!

Cada uno de nosotros, queridos sacerdotes, en la santa Misa ofrecemos lo mismo que ofreció Jesucristo, nuestro Señor: la vida y la muerte. Con la palabra «cuerpo», damos todo aquello que constituye la vida que llevamos a cabo en este cuerpo: tiempo, salud, energías, capacidades, afecto. Con la palabra «sangre», expresamos también nosotros la ofrenda de nuestra muerte; la muerte de nuestro cuerpo, el martirio por Cristo y también es muerte todo aquello que en nosotros, desde ahora, prepara y anticipa la muerte: humillaciones, fracasos, enfermedades, limitaciones debidas a la edad, a la salud, todo aquello que nos mortifica. Ofrecer nuestro cuerpo y nuestra sangre es ofrecer toda nuestra persona, alma y cuerpo, voluntad, inteligencia, memoria... etc.

Jesús, después de haber pronunciado aquellas palabras: *«Tomen... esto es mi cuerpo; tomen... ésta es mi sangre»*, no dejó pasar mucho tiempo hasta cumplir aquello que había prometido: al cabo de pocas horas dio su vida y derramó su sangre en la cruz. San Ignacio de Antioquía, cuando se dirigía hacia Roma, a punto de consumir su martirio, escribía: *«Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo»*. Tratemos de imaginar qué sucedería si celebrásemos la Misa con esta participación personal, si dijéramos realmente, en el momento de la consagración: *Tomen, coman...* Imaginemos un sacerdote, un párroco, un obispo, que celebra así su Misa y después se va: ora, predica, confiesa, recibe a la gente, visita a los enfermos, escucha, vive su jornada hecha de multitud de pequeñas cosas... Su vida puede parecer fragmentada en miles de cosas y, sin embargo, es eucaristía. ¡Es una eucaristía con Jesús!

Un gran maestro de espíritu, decía: *«Por la mañana, en la misa, yo soy el sacerdote y Jesús es la víctima; durante la jornada, Jesús es el sacerdote y yo soy la víctima»*. Así un sacerdote imita al Buen Pastor, porque realmente da la vida por sus ovejas.

Pero no olvidemos que también hemos ofrecido nuestra «sangre», es decir, nuestras humillaciones, fracasos, enfermedades, limitaciones, pasiones, mortificaciones. Éstas son la mejor parte que el mismo Dios destina a quien tiene más necesidad en la Iglesia. Cuando ya no podemos hacer aquello que queremos, es cuando podemos estar más cerca de Cristo. Después de la Pascua, le dijo Jesús a Pedro: *«Cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios»* (Jn 21, 18ss.). Un poco antes, Jesús le había dicho por tres veces: *«Apacienta mis ovejas»* (Jn 21,15), pero ahora le hace comprender que la mayor gloria es la que ofrecerá a Dios muriendo.

Gracias a la Eucaristía, ya no existen vidas «inútiles» en el mundo; nadie debería decir: *«¿De qué sirve mi vida? ¿Para qué estoy en el mundo?»* Estás en el mundo para el fin más sublime que existe: para ser un sacrificio vivo, una eucaristía con Jesús.

Queridos sacerdotes, recojamos el latido del Corazón de Cristo expresado en su última Cena cuando, sabiendo que su vida estaba a punto de terminar, se dirige a su Padre en la oración sacerdotal y expresa su amor y preocupación por sus apóstoles: «Padre, yo te ruego por ellos, y por ellos yo me ofrezco en oración para que sean santificados en la verdad» (Jn 17). Recojamos este latido y ofrezcámoslo para que este deseo de Cristo sea una realidad en la Iglesia y en el mundo.

En cuanto a la celebración de la Misa Crismal, si el Señor lo permite, la tendremos el día 4 de junio, Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote. Renovemos nuestra consagración sacerdotal cada uno ante el altar y el sagrario de nuestras parroquias.

Les ofrezco esta oración de ofrecimiento para que la recemos el Jueves Santo unidos María, Reina de los Apóstoles y Madre de los sacerdotes. A ella nos encomendamos nosotros mismos, nuestro ministerio pastoral y a todos los sacerdotes. Que María nos ayude a ser, como ella, sagrarios y ostensorios de Jesús Sacerdote, Maestro y Buen Pastor.

Cristo, sacerdote Eterno,
concédeme participar más íntimamente de tu oblación redentora,
como sacerdote de la Nueva Alianza,
y penetra mi consagración de los sentimientos de tu Corazón Sacerdotal.
Puesto ante el altar de tu permanente sacrificio,
con mis manos ungidas y la mirada clavada en tu Costado abierto,
acogiendo a María en el interior de mi corazón,
me ofrezco contigo al Padre,
con el fuego de tu Espíritu
y con tu obediencia de Hijo amado,
pongo en tus manos mi vida y ministerio sin reservas,
con los sufrimientos y alegrías de hoy,
con la fatiga apostólica
y el amor de buen pastor,
para reparar tu Amor herido
y para que todos los hombres participen de los frutos de la redención
y así se establezca el reinado de tu Corazón.
Amén.

¡Santa y Feliz Pascua de Resurrección!

Con mi afecto y bendición.

Moyobamba, 9 de abril, Jueves Santo, 2020



Rafael Escudero López-Brea
Obispo Prelado de Moyobamba